

Capítulos del Abad General de la Orden Cisterciense en el Curso de Formación Monástica 2026

CON CRISTO

1. Quiero estar contigo

He concebido los capítulos de este curso de formación monástica como una continuación de los cinco capítulos impartidos durante el curso en línea del pasado mes de mayo, que trataban el tema “Resurrección y renovación”, y en los que queríamos dejarnos interpelar por la pregunta sobre el sentido y la verdad de nuestra vocación que san Bernardo se planteaba constantemente: “*Bernarde, Bernarde, ad quid venisti?* – Bernardo, Bernardo, ¿por qué has venido?”. Se planteaba esta pregunta dejándose, a su vez, interrogar por la misma pregunta que Jesús le hizo a Judas en Getsemaní: “*Amice, ad quid venisti* - Amigo, ¿a qué vienes?” (Mt 26,50), pregunta que san Benito cita en el capítulo 60 de la Regla para hacer reflexionar a los sacerdotes que desean ingresar en el monasterio sobre la verdad de sus intenciones.

Al final de los capítulos del Curso online, llegué a identificar el punto central de la renovación permanente de la vocación cristiana y monástica en un versículo de la segunda carta de san Pablo a Timoteo: “Es palabra digna de crédito: Pues si morimos con él, también viviremos con él” (2 Tim 2,11).

Observaba que, en el original griego y en la traducción latina —“*si commortui sumus, et convivemus*”—, esta frase es aún más concisa y podríamos traducirla así: “Si con-morimos, con-vivimos”.

Añadía: “¿Qué significa esto? En primer lugar, que nuestra resurrección y nuestra renovación implican la muerte, un paso a través de la muerte. Al mismo tiempo, comprendemos que lo esencial para vivir este paso pascual es estar con Cristo, es la comunión con Él.

Esto significa que, para resucitar, para renovar las situaciones de muerte en las que nos encontramos, debemos, ante todo, empezar por vivir con Cristo nuestra muerte, por vivir con Cristo nuestras situaciones de muerte. El camino hacia la renovación consiste en atravesar con Cristo todas las condiciones y situaciones de muerte que conlleva nuestra condición humana de pecadores. Antes de la resurrección, debemos acoger del Resucitado la gracia de poder morir con Él, de vivir con Él nuestra muerte.”

Concluía diciendo: “El secreto de la renovación de todo consiste, pues, en no perder, no rechazar ni descuidar la comunión con Cristo en cada experiencia de la vida. En las pruebas, nunca deberíamos preocuparnos ante todo por cambiar nuestra vida y nuestra situación, sino por vivirlas con Él.

La pregunta que siempre deberíamos hacernos en cada momento de crisis en el que la vida se desvanece es, pues, una sola: ¿cómo permanezco con Cristo, cómo estoy con Él, cómo camino con Él a través de lo que se me pide que viva hoy, ahora, en cada instante? ¿Cómo vivir con Él la prueba que estoy o estamos atravesando?

Es precisamente en esto donde la vida monástica es, en sí misma, un camino de renovación y resurrección. Porque la vida monástica, desde sus orígenes, está organizada por completo para elegir y acoger la comunión con Cristo en cada momento y situación del día y en cada etapa de la vida.

Cuántas veces, en cambio, nuestra reacción ante los momentos de crisis y de muerte que atravesamos, tanto a nivel personal como comunitario, consiste en buscar todo tipo de soluciones en lugar de recurrir a la comunión con Cristo, a la que está dedicada por completo nuestra vocación y para la cual Él nos ofrece todo tipo de ayuda: la vida en el monasterio, la regla, la liturgia, los sacramentos, la palabra de Dios, la comunidad fraterna, la autoridad que nos guía.

Los gérmenes de la renovación que necesitamos ya están contenidos en todo lo que la Iglesia y nuestro carisma nos ofrecen constantemente para acoger la presencia de Cristo, hasta el punto de poder morir con Él para vivir ahora y siempre con Él.

Lo nuevo que Jesús quiere hacer en nosotros y entre nosotros es su amistad, que abarca toda nuestra vida hasta la muerte y la resurrección". (Curso en línea, Capítulos del Abad General, Capítulo 5)

Es desde este punto central desde donde me gustaría volver a partir, tratando de profundizar en él junto a vosotros. Si la comunión con Cristo no es el centro de nuestro interés y de nuestro compromiso con la vida y la vocación, no podemos sino dispersarnos y dejarnos arrastrar por todo y por todos a vivir una vida vana, que no respeta el deseo último de nuestro corazón ni el sentido y el destino del don de nuestra vida y vocación.

Pocos días después del curso en línea, partí hacia Vietnam para pasar dos semanas en las que visité una decena de monasterios. Entre ellos, Chau Son Norte, el único monasterio que ocupa los edificios originales, con una hermosa iglesia de estilo neogótico de 1936. Allí encontré tres inscripciones que venían a confirmar la reflexión que me acompañaba desde hacía tiempo sobre por qué hemos venido al monasterio.

La primera inscripción está pintada sobre la puerta que desde el claustro conduce a la iglesia. Dice, en latín: "*VOLO TECUM*", es decir, "Quiero estar contigo". Esta frase me ha impactado mucho porque resume la razón última, no solo de nuestro ir a la iglesia para la oración y la Eucaristía, sino también el fin último por el que nos incorporamos a la vida y luego a la comunidad cristiana, a la Iglesia, al monasterio y a cualquier forma de vocación cristiana. Venimos, entramos, nos unimos porque *deseamos estar con Dios, con Cristo*.

Este es el deseo profundo de nuestro corazón, el deseo estructural de nuestro corazón, ese deseo que san Agustín describió de manera insuperable: "Nos has creado para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti" (Conf. 1,1,1).

"*Volo tecum*" describe precisamente ese deseo de Dios que no encuentra satisfacción más que en la comunión con Él. No estamos hechos solo para Dios, para desear a Dios, sino para *estar con Dios*, para la comunión con Él, con Él presente en Jesucristo.

La sencillez de la expresión latina "*Volo tecum*", que da por sentado el verbo "estar" o "ser", es como las primeras frases de los niños que aprenden pronto el verbo "querer", porque expresa bien su sed y su hambre de sentirse satisfechos con la leche, con la comida, pero también con las personas que los quieren. El niño dice: "Quiero a mamá", "Quiero a papá", porque, en el fondo, su corazón no admite distinción ni distancia entre su deseo y aquello que desean. Ni siquiera dicen "yo quiero", porque no distinguen entre su "yo" y el deseo de estar con mamá y papá. De hecho, los niños a los que se descuida, a los que se les da de todo menos la presencia de sus padres, resultan heridos en lo más profundo de su corazón y, a menudo, durante toda su vida nunca saben lo que quieren. Desean, desean, pero no saben qué, y entonces lo intentan todo, lo prueban todo, sin criterio, sin juicio, sin abrazar nunca a quien realmente los ama. Hasta que encuentran a quien llega a su corazón llevándole el rostro del Señor, Aquel para quien hemos sido creados.

He aquí que, al escribir en la puerta de la iglesia las palabras "*VOLO TECUM*", los primeros monjes de Chau Son Norte comprendieron que, cuando un monje va a la iglesia a rezar, en cierto sentido encarna a toda la humanidad perdida y dispersa, alejada de la conciencia de su corazón creado para Dios.